

## V

### VICTOR CONILL MONTOBBIO (1886-1970)

MANUEL USANDIZAGA

(Académico Numerario)

Cuando recibimos el encargo de pronunciar unas breves palabras en memoria y elogio del gran ginecólogo Profesor Víctor Cónill Montobbio, en nombre de nuestros compañeros de Academia, en un acto que iba a celebrarse en honor de los recientemente fallecidos, no vacilamos ni un momento en aceptarlo. La misión no podía ser más honrosa y nos sentíamos plenamente identificados con ella.

El problema se nos planteó cuando intentamos concretar nuestra misión en unas cuartillas. Se trataba de una personalidad tan destacada, con quien habíamos convivido y a quien estábamos profundamente agradecidos, que no nos resignábamos a salir del paso con cuatro datos y fechas. No bastaría estudiar al científico y al profesional, sino que era necesario intentar comprender su personalidad humana.

Sería muy fácil hacer una biografía estilo académico. Bastaría con transcribir su *curriculum vitae*, que

dicho sea de paso, se puede calificar de verdaderamente ejemplar, como muy pocas personas pueden ostentarlo, porque sigue de manera metódica y ordenada todos los pasos que exige una brillante carrera hacia la cumbre, sobre todo cuando se ha hecho sin economizar los más duros esfuerzos, sin que en ninguna ocasión se deban al favor o la injusticia. Pero no nos satisfaría renunciar a recordar el hombre.

Desde estudiante ocupa progresivamente todos los puestos que pueden desempeñarse en su marcha de universitario y de médico de hospital; autor de gran número de publicaciones que culminan en un magnífico tratado; excelente clínico, introductor de técnicas como las radioterápicas; participante activo en luchas sociales contra el cáncer y, también, haciendo la exaltación de la mujer, con la suficiente prosopopeya para que llegue a quienes está destinada. Después vienen honores, congresos, cargos, condecoraciones,

academias, etc. ¡Hay algún ginecólogo que pueda presentar más nobles ejecutorias!

Una biografía protocolaria, conocida de sobra por todos nosotros, serviría el día de mañana para que cuando hayan transcurrido unas generaciones, algún aspirador a historiador, como cualquiera de nosotros, se pregunte. ¿Qué tal maestro era aquel Cónill con el que estudió el abuelo? ¡Hoy querríamos subrayar algo más actual, algo más próximo a nosotros, que nos sirva de inmediato ejemplo.

Si tuviéramos que calificar a don Víctor con un nombre, nos atreveríamos a llamarle «El Catedrático», que por otra parte estimamos el más honroso. Nada podría definirle más acertadamente y éste es el punto de vista en que veremos hoy su personalidad como un ejemplo vivo. (No nos atrevemos a designarle el Cátedro, nombre tan extendido localmente y tan horriblemente disonante en oídos foráneos, que verosíblemente ni siquiera tiene el valor de ser un catalanismo).

Refiere el mismo Cónill que siendo muy niño tuvo ocasión de ver como su madre, a quien quería apasionadamente, salía de casa para ser operada en una clínica, lo cual le dejó una profunda huella. También decía que la figura de Fargas —el cirujano que le intervino salvándole la vida— le causó una enorme impresión, lo cual no es sorprendente. Fargas era un maestro extraordinario, el más grande ginecó-

logo de su época, que estaba rodeado del mayor prestigio. Todavía no había comenzado «la rebelión de las masas» y nadie se atrevía a discutir a las grandes personalidades, como ocurrió más tarde.

Lo cierto es que el recuerdo de la enferma no se borra y cuando llega el momento de empezar a estudiar una carrera, la profunda huella del gran maestro Fargas ejerce una influencia decisiva y está decidido a emprender paso a paso el duro camino de la Medicina. Eso que el ambiente en que se desarrollaban los estudios entonces no eran para animar precisamente.

La Facultad de Medicina estaba instalada en un bello edificio, construido para Colegio de Cirugía, pero totalmente inadecuado e insuficiente para su misión en el momento. Como tantas veces ocurría entonces, el Ministro de Instrucción Pública, o el que fuese, cedía cualquier edificio que le sobrase, gastando una miseria en su arreglo, con el resultado de ser completamente ineficaz para la misión encomendada. Así, magníficas instituciones como el Real Colegio de Cirugía, al que se debe la transformación de la medicina en el siglo XVIII, debido a los militares, hay que decirlo todo, pasa a ser una más que mediocre Facultad de Medicina.

Con ocasión del alto honor, que le agradecemos muy profundamente, de contestar a nuestro discurso de ingreso en esta Academia, Cónill recordaba las clases de esta Facultad:

«En este Anfiteatro he seguido yo los dos cursos de Anatomía y el primer tercio del curso de Patología General. Esos sillones estaban reservados a los Matrículas de Honor y en esa tarima profesaron, además de las figuras señeras que nuestro recipiendario ha evocado, otras menos lejanas, pertenecientes al Claustro de la Facultad de Barcelona de la última mitad del siglo pasado que la tradición todavía viva y reciente hizo llegar hasta mí, o que conocí personalmente: Letamendi, Siloniz, Cajal, Batllés, Calleja, etc., maestros con gran empuje docente».

Con el transcurso de los años, cuando comienza a estudiar los cursos clínicos, asiste al Hospital de la Santa Cruz. Enrique Diego de Madrazo, que pasó rápidamente por la Cátedra de Cirugía de Barcelona, describe en los siguientes términos las salas del mismo, dando buena idea de su estado.

«El Hospital de Santa Cruz, fundado en los albores del siglo XIII, es muy venerable por su antigüedad, pero es tan malo como venerable. No quiero hablaros de sus condiciones generales ni tampoco de su arreglo interior; contrayéndome a lo que nos compete, os aseguro que no hay ni puede haber en país alguno del globo servicio de cirugía más defectuoso que el nuestro. En la sala de mujeres tenemos unas cuantas camas situadas en un rincón, que por un lado comunica ampliamente con la de púérperas y por otro es parte de un vasto almacén de enfermos

donde toda incomodidad tiene su cuna y toda pestilencia su natural asiento. Allí los desgraciados mártires de la caridad barcelonesa, yacen amontonados en compactas masas, sin oxígeno para sus pulmones, sin reposo para sus nervios, sin alimento apropiado para sus cuerpos desfallecidos, revolcándose en inmundicio, asfixiándose en una atmósfera envenenada y pereciendo en mísera consunción, entre el llanto de los que sufren, la charla de los que viven, el estertor de los que mueren, la mugre de las paredes, la suciedad de las ropas y las telarañas que en lluvia se desprenden de los desnudos y carcomidos techos.» Así seguiría páginas y páginas con la dura descripción del Hospital.

Algo se habrían modificado las circunstancias, pero no mucho, cuando apenas 20 años más tarde de esta descripción, el joven Cónill entra triunfalmente como alumno interno pensionado y obtiene el Premio Fargas. No puede menos de admirarse el inmenso mérito de consagrarse con entusiasmo a la medicina en tan tristes condiciones.

Pero en aquel momento se produjo un acontecimiento de inmensa importancia para el porvenir de la medicina en Barcelona. El Barón de Bonet, Catedrático de Obstetricia y Rector de la Universidad, con extraordinaria tenacidad y noble empeño, agotando todas las influencias oficiales y particulares, consigue que se termine el Hospital Clínico, el nuevo edificio que llevaba largos años

en construcción sin conseguir culminar la obra.

Incidentalmente mencionemos una anécdota de la época. Cuando se celebró el Congreso Internacional de Medicina en Madrid, el presidente fue el gran fisiólogo ruso Pavlow. Al visitar Barcelona en esa ocasión, ignoro quién fue su guía, pero regresó a Rusia diciendo que en Barcelona se estaba construyendo el Instituto de Fisiología más importante del mundo, que contaría con 15 grandes edificios.

La inauguración del Hospital Clínico tuvo extraordinaria trascendencia. Cónill fue de los que participaron en el traslado de las enfermas. El mismo lo describe con gran salero en las páginas que siguen. Magnífica ocasión para demostrar sus condiciones de entusiasmo y capacidad, cuando hubo que improvisar todo.

«Nuestro Curso, tercero de Medicina en 1906-1907, había «estrenado» al Dr. Carulla, reciente Catedrático de Sevilla, por traslado a la Cátedra de Terapéutica de Barcelona, vacante hacía breve tiempo por muerte del Dr. Homs.

Don Valentín se hacía respetar y se hacía querer de los estudiantes y no digamos de su vastísima clientela. Profesaba de chaqué con chaleco de fantasía y una gran cadena de oro que a ser suficientemente larga hubiera podido servir para anclar alguna embarcación, cierto que de pequeño tonelaje. Tenía todos los atributos físicos y espirituales de

gran señor y con ellos y una honestidad a toda prueba, debió ganar la confianza del Gobierno, que puso a su disposición las asignaciones necesarias para poner en marcha el Hospital Clínico que estaba listo, pero abandonado.

En una sesión de Claustro a principio de curso y ante la sorpresa general anunció el doctor Carulla, que a partir del primer día laborable del mes de enero del año próximo (1907), debía acudir el personal de Clínicas necesario para montar servicio en el nuevo Hospital. Creo haber dicho otra vez que en aquella reunión de Claustro el Dr. Fargas dijo textualmente: «La idea del Hospital Clínico no es viable», pero en fin de cuentas los ayudantes del Dr. Fargas, Doctores Terrades, Ardévol y yo, que era alumno interno pensionado, nos personamos en el Clínico para ingresar al primer enfermo, que resultó ser la mujer de un guardia municipal que presentó un boleto de entrada firmado por el Dr. Carulla y con destino a la Sala del Dr. Fargas.

Se acercaban las vacaciones de Navidad de 1906 cuando nuestro curso se creyó obligado a apoyar la iniciativa del maestro haciendo un traslado procesional que trascendiera al gran público, invitando para mayor lucimiento a estudiantes simpatizantes de otros cursos. Nos reunimos en el patio del Hospital de la Santa Cruz y a la hora fijada aparecieron como ocho o diez carros que fueron asaltados hasta llenar

todas sus posibilidades de espacio y aún más. El cortejo se puso en marcha ordenadamente desde la vía angosta de la calle del Carmen a la augusta de Ramblas y Paseo de Gracia y desde éste, calle de Provenza hasta destino.

Como que no se tuvo la precaución de nombrar un jefe de ceremonial, el orden se alteró al llegar a la vía augusta por el instinto de competición y se hicieron carreras que emulaban a las de las briosas cuádrigas romanas y en todo, canciones, gritería y requiebros; todo ello dentro del buen tono y seriedad que es tradicional en los estudiantes de Medicina.

Y así fue de resonante el traslado de los estudiantes de Medicina del Hospital de la Santa Cruz al Clínico.»

A Cónill, con su activa labor en el nuevo Clínico, le entran más ansias de completar su preparación marchando al extranjero, siempre pensando en retornar más tarde, para aplicar en el Clínico los conocimientos adquiridos, sin dar por terminada su formación.

En aquella época era un joven optimista y alegre, popular entre los estudiantes. Gran aficionado a la música clásica, no desdeña el rasguear la guitarra en el cuarto de guardia. Gran aficionado a la ópera, también asiste a los teatros. Por cierto que en una ocasión que ha regresado por breve tiempo de Munich, acude al Teatro Principal, en el que el actor Goula representaba

una obra titulada «De San Pol al Pol Nord», lo que le dio ocasión para conocer a la magnífica figura de su vida, su admirable compañera.

Durante años permanece en el extranjero recibiendo una sólida formación: en Suiza con Kocher, Jadhson, Sahli y Lucher; en Munich con Doederlein y Amann. Además viaja por otros países. Sin prisas, formándose metódicamente.

Cuando Cónill regresa a Barcelona con una excelente preparación médica —plenamente germánica, lo cual no dejaba de sembrar alguna desconfianza en algunos de sus compañeros de formación más bien afrancesada— se encuentra en circunstancias excepcionales. Se hallaba ya en pleno funcionamiento el Clínico, que pese a las limitaciones económicas, significaba un inmenso progreso sobre los siglos de miseria en que había estado hasta entonces sumergido el Hospital. En la Facultad había excelentes catedráticos, grandes compañeros, con un aire nuevo. En la especialidad, Fargas y el Barón de Bonet, maestros capaces de llevar brillantemente la iniciativa de las clínicas, y un grupo de ayudantes jóvenes de gran capacidad, que luego serían grandes maestros, entre ellos Cónill.

No duda un momento en que es necesario seguir trabajando en la Facultad —aunque hacía cuatro años que había terminado la carrera— y obtiene por concurso una plaza de médico de guardia. Un año

más tarde llega a ser auxiliar ¡gratuito! de la cátedra de Ginecología.

Mueren el Barón de Bonet y Fargas. Les suceden Bonafonte y Nubiola, pero Cónill sigue laborando seriamente, buscando poder llegar a un puesto adecuado a sus méritos. En 1921, obtiene la plaza de Médico de la Maternidad de Barcelona por oposición. Al mismo tiempo, obtiene una gran clientela y parece que tiene resueltos sus problemas profesionales y económicos. Había ya adquirido gran prestigio como radiólogo, un camino nuevo entonces, colaborando con don Sebastián Recasens.

Su discurso de ingreso en la Real Academia de Barcelona en 1927 tiene gran importancia e inicia una época de permanente colaboración en la misma. En su discurso aborda el problema de las relaciones endocrino-psicológicas bajo el influjo de los genitales femeninos; lo titula «Fundamentos biológicos del destino de la mujer», acumulando gran cantidad de citas y de ideas personales, en un momento en que hay grandes discrepancias y diversidad de criterios.

En aquella ocasión fue la primera vez en que recibimos una prueba de cordialidad —que tantas veces habría de repetirse— dedicándonos su discurso con unas sencillas palabras: «Con muchos deseos de estrechar su mano. Víctor Cónill.» Por cierto, tengo que confesar que entonces recibimos además su primera lección, que no la hemos olvida-

do nunca. Tuve el placer de hacer una crítica de su discurso en una revista, «Guipúzcoa Médica», en la que colaborábamos entonces activamente. Aunque la crítica, como correspondía, era extraordinariamente elogiosa, con la audacia de los pocos años nos atrevimos a discutir —tal como se afirmaba en el discurso— la existencia de las hormonas del cuerpo lúteo como independientes de las foliculínicas, con arreglo al criterio unitario sobre las hormonas ováricas generalmente aceptado en aquel momento. No pasó mucho tiempo sin que se pudiera afirmar categóricamente la existencia de dos hormonas independientes.

Un magnífico ejemplo de la nobleza con que procedía Cónill lo tenemos cuando decía en su discurso las siguientes palabras: «He pensado muchas veces que por encima del padre que nos dio el ser como depositario de los sagrados intereses de la especie, están aquéllos que nos legaron una cosa que vale más que la mera existencia: la espiritualidad, el tesoro ideológico y cultural; aquél que hizo nacer en nosotros una vocación noble; aquel otro que nos cautivó con sus dogmas y su ejemplo, y que nos condujo con mano paternal por el ancho y generoso cauce de la Ciencia.»

En el momento en que podía sentirse plenamente satisfecho de su situación profesional, social y económica, sigue con su propósito firme de llegar a la cátedra, lo que considera la auténtica culminación

de la carrera. No vacila en presentarse en 1929 a sus primeras oposiciones a cátedras, obteniendo entonces la de Zaragoza el profesor Luis Recasens. Cónill no se amilana y vuelve a presentarse de nuevo en 1933, obteniendo esta vez la de Santiago. De su espíritu de entrega es buena prueba la excelente Memoria Reglamentaria para las oposiciones, original en muchos conceptos, buen augurio de la labor que iba a realizar.

No le basta con el noble esfuerzo de someterse a las oposiciones hombre ya maduro, sino que hasta está dispuesto a emprender el recorrido de Facultades hasta encontrar un lugar que reúna un mínimo de condiciones para desenvolver su labor. Afortunadamente, su peregrinar es muy breve.

Es necesario subrayar el gran esfuerzo moral que supone presentarse, hombre maduro y bien formado, a unas oposiciones a cátedras y no renunciar al primer fracaso. En estos tiempos en que un cualquiera intenta eludir las oposiciones a cátedras —no sólo el mejor procedimiento de selección, sino el único, si se hacen razonable y honorablemente— todo se vuelve hablar mal del sistema. Sin embargo, Cónill no renuncia, hace sus ejercicios dignamente, como se hacían en su época, y se somete al fallo de los jueces.

Pocos años más tarde, esta vez sentado como juez en el Tribunal, prestaba su más generoso apoyo a un joven ginecólogo, a quien apenas

conocía, que terminaría ocupando una cátedra en la Facultad de Barcelona.

Sobre la gran labor de don Víctor en la cátedra no vamos a extendernos. Está demasiado cerca de nosotros y la conocemos y estimamos al máximo. Al fin y al cabo es la consecuencia de una carrera lógicamente construida y su cátedra no podía ser de otra manera. Modelo de profesores, sus lecciones auténticamente magistrales, su trabajo en consultas y salas de operaciones, de verdadera eficacia docente, su caballeroso comportamiento, con alumnos y ayudantes, hacen de él una personalidad con características muy propias, respetada por todo el mundo.

Pocos días, casi horas antes de su muerte, al comenzar el año, sentado en una butaca pide a una gran artista que ejecute al piano algunos de sus queridos clásicos. Oye serenamente el concierto sabiendo que su muerte está próxima, manifestando su gran satisfacción por la alegría recibida y expresando con la elegancia con que sabía hacerlo su agradecimiento a la eminente pianista. Con el arte y con la cortesía —dos grandes ejecutorias suyas— se prepara a la muerte.

Hombre profundamente religioso, fundamentalmente bueno, gran caballero, magnífico ginecólogo, ilustre catedrático —es difícil decir más cosas en menos palabras— cuyo recuerdo quedará unido a las grandes lecciones de medicina, de cortesía

y de amistad que de él hemos recibido.

\* \* \*

### *Curriculum vitae*

Nace en Barcelona (1886).

Cursó la carrera de Medicina en la Universidad de Barcelona, habiendo sido alumno interno pensionado, galardonado con el Premio Fargas (1908) y obtenido el título de Licenciado con la calificación de Sobresaliente (1909).

Desde 1909 a 1912 cursó estudios en Suiza con los profesores, Kocher, Jadashon, Sahli y Luscher y fue asistente en Munich de los profesores Döderlein y Amann.

Miembro de la Sociedad Alemana de Ginecología desde 1911.

Obtuvo el grado de Doctor con la calificación de Sobresaliente (Madrid 1912).

Médico de Guardia, por concurso, de la F. de M. de Barcelona (Sección de Ginecología, 1912) y Auxiliar interino gratuito de la cátedra de Ginecología (1913).

Pensionado por la Junta de Ampliación de Estudios para desarrollar, en Berna, el tema: «Tratamiento del cáncer de útero» (1915).

Médico de número por oposición de la Maternidad de Barcelona (1921).

Fundador y Primer Presidente de la Liga Catalana contra el Cáncer (1925) y en el mismo año fue elegi-

do Académico de número de la Real Academia de Medicina de Barcelona.

Catedrático por oposición de Obstetricia y Ginecología de la Universidad de Santiago de Compostela (1933).

Desde 1934 hasta 1956 en que fue jubilado, desempeñó la Cátedra en la Facultad de Medicina de Barcelona.

Primer Presidente del Capítulo Español del Colegio Internacional de Cirujanos, Chicago 1949.

Miembro Fundador de la Sociedad Española para el Estudio de la Esterilidad, Madrid 1953.

Presidente de la Sociedad Ginecológica Española, Madrid 1956.

Obtuvo el Premio «Couder y Moratilla» de la Real Academia Nacional de Medicina, Madrid 1957.

### *Títulos y condecoraciones*

Socio de Mérito del Instituto Médico Valenciano (1930) y de la Academia de Ciencias Médicas de Barcelona (1965).

Miembro Honorario del Instituto de Medicina Práctica de Barcelona (1927) y de las Sociedades: Obstetricia y Ginecología de Rosario (Argentina) (1947), Portuguesa de Obstetricia y Ginecología (1954), Médica Quirúrgica de Bolonia (1955), Ginecotológica del Uruguay (1955) y Francesa de Ginecología (1956).

Miembro de Honor de las Sociedades: Alemana de Ginecología (1944), Ginecológica y Obstétrica de



Viena (1949), Italiana de Obstetricia y Ginecología (1951) y de Obstetricia y Ginecología de Castilla (1956).

Presidente de Honor de la Sociedad Ginecológica Española, Sección del Noroeste (1955).

Presidente Honorario de la Sociedad Ginecológica Española (1967) y de la Real Academia de Medicina de Barcelona.

Medalla Honorífica de Oro de la Sociedad Barcelonesa de Amigos de la Instrucción (1912).

Gran Cruz de la Orden Civil de Sanidad (1956).

#### *Obras*

Radioterapia Profunda y Radium-

terapia en Ginecología (en colaboración con el profesor Sebastián Recasens) 1918.

La Ginecología de Hipócrates, 1.<sup>a</sup> ed. 1918; 2.<sup>a</sup> ed. 1925.

Fisioterapia Ginecológica (en colaboración con el profesor Recasens) 1922.

Embarazo ectópico, 1.<sup>a</sup> ed. 1940; 2.<sup>a</sup> ed. 1945.

Tratado de Ginecología y de Técnica Terapéutica Ginecológica, 1.<sup>a</sup> ed. 1946; 2.<sup>a</sup> ed. (en colaboración con el profesor V. Cónill-Serra) 1950; 3.<sup>a</sup> ed. (id.) 1956, traducida al italiano 1959; 4.<sup>a</sup> ed. (id.) 1960; 5.<sup>a</sup> ed. (id.) 1967.

Además ha publicado 13 Monografías y 147 trabajos científicos en Revistas Médicas nacionales y extranjeras.